

cargados de la predicacion, hasta los tiempos de San Juan Crisóstomo y San Agustin, que por orden de sus obispos subieron á la tribuna santa tribuna sagrada, colocada entre el cielo y la tierra, para que la ciencia de la salud discurra sobre los justos y sobre los pecadores. Estos dos genios sublimes hicieron en ella prodigios de elocuencia y caridad.

El diácono está ya bien cerca de Dios; el sacerdote va á aproximarse mas. . . . Así, antes de conferir al diácono la dignidad que deja bien atrás todos los otros grados del ORDEN, el obispo redobla las precauciones y las plegarias.

Sentado sobre su sillón, en medio del altar, quiere asegurarse de si los diáconos que le son presentados son dignos del sacerdocio.

Reverendo padre, dice el arcediano; nuestra Madre la santa Iglesia católica, pide que consagreis sacerdotes estos diáconos que os presento.

—¿Sabeis si son dignos? responde el sucesor de los apóstoles. Y con la respuesta afirmativa del arcediano, el obispo esclama: ¡Dios sea loado! Despues, dirijiéndose al pueblo y recordándole que está en su interes no tener para que le conduzca, esclarezca y consuele, sino los sacerdotes, le pregunta, conformándose al antiguo uso de la Iglesia, para que declare lo que sepa sobre los diáconos presentados. Si no se espresa declaración alguna, el príncipe de la Iglesia, dirijiéndose á los diáconos, les recuerda la naturaleza, el origen y las sublimes funciones del sacerdocio. Les dice: “Vais á ser los verdaderos sucesores de los setenta y dos ancianos que Moisés habia escogido para que le ayudaran en su ministerio, distribuir la justicia y velar por la observancia de los diez mandamientos. Estos ancianos no eran mas que la figura de los setenta y dos discípulos que Jesus envió de dos en dos á predicar por sus palabras y por sus ejemplos.” Despues el gefe del rebaño, el padre espiritual, habla con bondad á los jóvenes aspirantes á los altares, y que llevan su celo y su inocencia. “Sed todos dignos, les dice, de ser los ayudantes de Moisés y de los doce apóstoles establecidos para gobernar la Iglesia de Dios; amad y temed al Señor, porque vosotros sois quienes vais á llevar todos los dias al pié de su trono las necesidades y los pecados de los fieles. El cielo no se abre ni se cierra, por decirlo así, sino á vuestra voz.”

Despues de esta alocución paternal, todos aquellos á quienes se ha dirijido, caen de rodillas prosternados sus rostros contra la tierra; se diria al verlos así con sus albas blancas, echados sobre las gradas de piedra, que un rayo invisible los ha herido á todos.

Antes que el agua regeneradora del bautismo haya lavado al cristiano de la mancha del pecado original, ha debido, ó se ha debido renunciar por él, tres veces á Satanás y sus pompas. Antes de ser admitido al sa-

cerdocio, tres veces tambien debe el aspirante renunciar al mundo, á la carne y á la sangre. No es, sino despues de esta triple renuncia, cuando puede subir al altar del Dios tres veces Santo.

A la ceremonia conmovedora de la postracion, succede la de la imposición de manos, tan memorable por su antigüedad, y que remonta á Jesucristo mismo. En silencio y en gran recojimiento es como el obispo impone sus manos sobre la cabeza del diácono. Despues de él todos los sacerdotes reunidos en el santuario y llevando la estola, vienen unos despues de otros á imitar al prelado. Sube á las gradas, y volviéndose hácia los ordenandos, estiende sus manos sobre ellos; todos los sacerdotes le imitan de nuevo, y recita al mismo tiempo una oracion, por la cual impetra del Señor les dé el Espiritu Santo, y la gracia del sacerdocio.

El poder de otorgar las santas órdenes, no pertenece mas que al obispo; él solo puede imponer las manos como consagrante; y si los sacerdotes en esta circunstancia las imponen con él, es para conformarse al uso de la Iglesia primitiva: uso venerable, que recuerda que el episcopado y el sacerdocio, no forman mas que un solo sacerdocio.”

El obispo coloca en seguida sobre el pecho de los ordenandos, en forma de cruz, la estola que, como los diáconos, tenian sobre la espalda izquierda, y les dice: “Recibid el yugo del Señor; su yugo es dulce y ligero.”

Los levanta dirijiéndoles estas palabras: “Recibid el traje sacerdotal; él revela la caridad.” Y el sacerdote será un hombre de caridad, la caridad personificada. La casulla que el obispo acaba de dar al sacerdote, no está todavía desplegada por detras: todavía no ha recibido toda la gracia del sacerdocio; hasta despues de haberle confiado el poder de remitir los pecados no la desenvuelve el sucesor de los apóstoles.

Despues de un majestuoso prefacio, que anuncia una accion sublime, el pontífice entona el *Veni Creator*, para llamar sobre los ordenados el espíritu santificador.

Mientras que el coro canta, el obispo consagra las manos de los nuevos sacerdotes por una larga unción de aceite de los catecúmenos, y dice: “Señor, dignaos consagrar y santificar estas manos, por esta unción y vuestra bendición.” Hace la señal de la cruz y continúa: “Que en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, todo lo que bendigan sea bendito; que todo lo que consagren, quede consagrado.”

Cada ordenando responde: “Amen.”

Estando ligadas las manos del sacerdote por una banda, y separados los dedos consagrados por un poco de pan, que servirá para purificarlos, el obispo les hace tocar el cáliz, donde hay ya vino y agua, y la patena sobre que está la hostia, y dice al mismo tiempo: “Recibid el poder de

ofrecer á Dios el sacrificio y de celebrar la misa, tanto por los vivos como por los muertos." ; Hélos aquí ya sacerdotes para siempre, según el orden de Melchisedech!

La primera, la mas alta, la mas celeste función del sacerdote, es la de ofrecer el santo sacrificio. Aquellos que acaban de ser consagrados y santificados, entran en seguida en el ejercicio de este maravilloso y santo derecho; acto continuo celebran la misa con el obispo. "El sacrificio así ofrecido, recuerda el que se ofrecia en los primeros siglos. Entouces no habia mas que un oficio en cada Iglesia; el obispo estaba en el altar, y todos los sacerdotes ofrecian con él (1)."

Acabada la comunión, recita el pontífice esta bella antifona, compuesta de las palabras que Jesucristo dirigió á sus apóstoles despues del celeste banquete de la Cena, con toda la expansión divina de su corazón, despues de haberlos hecho participar de su Cuerpo y de su Sangre: "Yo no os llamaré ya *servidores*; os nombraré *mis amigos*, porque vosotros sabeis todo lo que he hecho en medio de vosotros. . . . Vosotros sois mis amigos; haced lo que os he mandado."

Después, aquellos que deben ir por el mundo para repartir en él las luces y beneficios de la fé, recitan en alta voz y en presencia del prelado consagrante el símbolo de los apóstoles, magnífico y luminoso resumen de nuestras creencias. Vienen en seguida á prosternarse ante el obispo, que les dice, imponiéndoles las manos: "Recibid el Espíritu Santo: los pecados les serán perdonados á aquellos á quienes los perdonáseis; y serán retenidos á los que se los retuviéseis." Y para mostrar la plenitud de su potestad, suelta del todo la casulla, dirigiéndoles estas palabras: "Que Dios os revista de la ropa de inocencia; es decir: sed puros y santos, á fin de volver á los otros santos y puros."

Es preciso que los hijos obedezcan á sus padres; es preciso que los sacerdotes obedezcan al sucesor de los apóstoles, que es su padre, su jefe, según la ley de Dios y de la Iglesia. Los sacerdotes nuevamente ordenados, vienen, pues, á prometer respeto y obediencia al ministro de Jesucristo, establecido sobre ellos por su santa gerarquía. La disciplina de la Iglesia es bella, como la de un ejército ordenado en batalla. La subordinación militar, que asegura el orden y la paz del campo, reconoce por jefe un hombre, que los azares de la guerra pueden haber elevado al primer puesto del ejército; la subordinación eclesiástica, que establece el orden y la dignidad del santuario, obedece á Dios, solo eterno é inmortal.

El lazo de la obediencia cristiana, es la caridad; la subordinación que

(1) Catec. de Persever.

de allí emana, es la de los hijos hácia su padre. Así termina el pontífice todas las bellas y tiernas ceremonias de la ordenación, dando á besar la paz á todos los nuevos sacerdotes.

¡ Hé aquí, pues, cumplido el mas maravilloso, el mas sublime prodigio! Ved aquí, que el hijo de Adán ha recibido repentinamente del cielo el poder de hacer descender sobre la tierra el Hijo del Eterno Señor. Vedlo de repente convertido, por la gracia del Espíritu Santo, en cooperador de Dios en la salud de las almas. *Dei adjutor*. Con la ayuda de los sacramentos, va á aplicar á los hombres la Sangre de Jesucristo; va á purificar las conciencias, con el baño de la penitencia, á anunciar á los fieles la palabra de vida y de reconciliación, y alimentarlos del pan de la doctrina y de la verdad: en una palabra, ¡ ve aquí el sacerdote para siempre, según el orden de Melchisedech!

Ve aquí el ministro de Jesucristo, revestido de la armadura celeste; nada le falta entre tanto para los celestes combates. Ha puesto su confianza en el Señor; ¿ quién pues lo puede hacer temblar? No permanecerá siempre en los altos lugares en que el sacerdocio le va á hacer subir; él bajará, vendrá al llano, entrará en la arena, donde acordándose del valor de los primeros mártires, y como ellos, correrá su sangre si es preciso, para confesar la fé de Cristo.

El obispo consagrante, viendo de pié ante los santos altares la milicia que acaba de formar y bendecir, dá á besar la paz á cada uno de aquellos que la componen. Es la animación del jefe, antes que el ejército se ponga en marcha: el estandarte de estos nuevos soldados, es la cruz; su patria es la Iglesia; el enemigo que tienen que vencer es Satanás; el precio de su victoria, el cielo.

Hemos recorrido los siete grados, estamos en el altar: hémos aquí, á la faz del tabernáculo del Dios vivo. Bien pronto el cristiano, que como el pequeño Samuel, ha consagrado su vida entera al Señor, va á entrar en todos los derechos del sacerdocio. Para aprender las leyes divinas, para purificar su alma, ha dejado la casa paterna, ha ido á vivir entre los levitas, y á estudiar con ellos las santas escrituras y la ciencia de Dios. Ha crecido en los seminarios; allí se ha habituado á las privaciones, á la meditación y á la oración. Ha visto de cerca los veteranos del santuario, ha recibido de ellos las lecciones dobles del saber y del ejemplo. Esta vida de inocencia lo ha aproximado á los ángeles; como esos espíritus celestes, va él bien pronto á ser digno de aproximarse al Todopoderoso, para adorarle y servirle.

Sus derechos, sus poderes, sus deberes van á ser los mas santos, los mas inmensos que existen bajo el sol. Jamas criatura humana ha sido

investida de tanto poder. El Orden confiere á los sacerdotes privilegios divinos de que solo gozan los nueve coros de ángeles.

El gran sacerdote de la antigua ley, no entraba mas que una vez al año en el SANTO DE LOS SANTOS. Así, antes de atravesar el umbral admirable y sagrado de esta parte del tabernáculo en que el Eterno Señor estaba reservado, ¡ cuántos preparativos augustos, cuántas precauciones infinitas, cuántas atenciones para no faltar á la mas ligera de las ceremonias que debian acompañar una accion en que la grosera sangre de una víctima carnal constituía toda la majestad! Mas felices que los judíos, nosotros vemos diariamente los sacerdotes de la nueva ley entrar donde está el verdadero *Santo de los Santos*, de quien no era el antiguo mas que una sombra. Es la sangre de Jesucristo la que enrojece sus manos, y ellas la ofrecen al Padre de las misericordias.

Un cura está encargado de los intereses de su pueblo ante Dios. Es uno de esos ángeles que suben y bajan sin cesar, por esa escala que Jacob ha visto en sus sueños, cuando se durmió sobre la piedra de Bethel. Como estos espíritus celestes, el cura descende para venir á cargarse de los votos y necesidades de sus parroquianos. Sube por la oracion, para llevarlos hasta los piés del trono de Dios, y abrir el seno de las misericordias sobre las miserias de sus hijos. ¡ Cuánta abundancia de gracias y de bendiciones no obtienen para su comarca las plegarias de un piadoso pastor! Porque no son estos los votos de un particular que se dirige al Señor en su propio nombre, sin título ni autoridad, sin funcion pública, y que, *ceniza y polvo*, debe contar por mucho la libertad que se le deja de hablar á su Dios. Son los votos de un ministro establecido por los hombres cerca del Soberano Señor de todas las cosas, que ruega *por officio*, que habla á nombre de toda la Iglesia. ¡ Qué mas diré? Son los votos de un sacerdote, que por su sacerdocio no forma mas que un mismo sacerdote, un mismo mediador, una misma voz con Jesucristo.

El sacramento del Orden, es la verdadera, la sola fuente de gracias, de que los ministros de la religion están dotados por la ordenacion, y son los obispos los que tienen las llaves de los celestes tesoros que Dios ha confiado á la Iglesia.

Aunque todos los sacramentos sean del resorte del obispo, hay dos de los que es el ministro especial; la confirmacion de los cristianos despues de bautizados, y la ordenacion de los sacerdotes y de los ministros. Los abades, las abadesas, los reyes y reinas eran y son todavía consagrados por mano de los sucesores de los apóstoles. Los caballeros arrojaban tambien su casco para recibir la bendicion del obispo. La dedicacion de las iglesias, la consagracion de los altares, de los cálices y de las patenas, la bendicion de los santos aceites le pertenecen igualmente.

Pero otras bendiciones episcopales menos solemnes, pueden ser y son hechas por los sacerdotes frecuentemente, como la bendicion de los corporales y de los manteles del altar, las cruces, las imágenes, las campanas, las capillas y los cementerios, todas las cosas que deben ser santas, y que la mano de la religion puede sola bendecir.

Las coronas destinadas á ceñir las frentes de los reyes y reinas, de los emperadores y emperatrices, han tenido siempre necesidad de alguna cosa mas que de la brillantez del oro y pedrerías, y de las guardias que las vigilan en las barreras de los palacios: para ser respetadas es preciso que Dios las toque. ¡ Para quién son mas necesarias su sabiduría, la fuerza y la prudencia, que para los pastores de los pueblos? De aquí, pues, que siempre ha sido bueno y saludable untar á los monarcas del aceite y del crisma de salud.

Hay en las ganaderías del Señor otros pastores á mas de los tenientes coronados de Dios. Existen fuera de las grandezas del mundo, hombres y mugeres encargados de almas y viviendo entre las soledades del claustro, donde los abades y abadesas tienen ovejas que gobernar y que conducir por las vias del cielo. Cuando yo era niño, he visto en Francia, y mas tarde en paises extranjeros, abades mitrados y abadesas que llevaban el báculo de oro. Su mision, su deber era velar noche y dia por las almas que para salvarse de los escollos de la sociedad se habian refugiado como espantadas palomas en la paz de sus santas casas. A semejantes guias les eran precisas ciertamente algunas gracias especiales: la religion, para que no les faltasen, las *consagraba* al Dios de los solitarios y de las vírgenes. En los asilos puestos bajo su guarda de santos y ángeles, no se oian sino de lejos los rumores de la sociedad. Este era como un puerto, el ruido de las oleadas no llega sino debilitado; se sienta allí uno sobre la roca que no pueden quebrantar las olas. Así, se ven llegar los desertores de palacio, los fugitivos de las grandezas. Los príncipes y princesas, lo mismo que los reyes y reinas, cuya corona habia herido y magullado su frente, venian á pedir la capucha del monje ó el velo de la religiosa. La lista de estos cansados de las grandezas y de las alegrías del mundo, es muy larga para que la demos aquí. Volvemos, pues, al pensamiento que nos ha inspirado las dos anteriores páginas. Es racional que todo el que se aproxima á Dios sea bendecido y consagrado: el sacerdote ha debido ser untado antes de subir al altar. El cáliz debe ser igualmente santificado por la consagracion del obispo, antes de contener en su copa la Sangre de Jesucristo. Los lienzo, los manteles, los corporales que sirven en el sacrificio, no pueden ser ni tocados ni lavados por manos profanas; es preciso que el obispo come á sus poderes de bendicion al

párroco su inferior, y que éste los trasmita á los legos piadosos y creyentes, á fin de que todo lo que concierne al servicio del altar sea tratado con miramiento y respeto.

En los días de fé, cuando se miraba como un honor contribuir al servicio y á la dignidad del santuario, los reyes y las reinas no se han desdenado de amasar con sus reales manos el pan destinado al sacrificio, y las princesas y las grandes señoras se han visto lavando los lienzos del altar.

Nuestra santa religion tiene inagotables tesoros de bendiciones; y los tiene para todas las circunstancias de la vida: nos bendice á nuestro nacimiento, á nuestro matrimonio, á nuestra muerte. No es esto todo para ella; ella va por todas partes uniendo los votos de la dicha y la proteccion celeste: en nuestro hogar, para que sea tranquilo; en nuestro campo, para que sea fecundo; en nuestros caminos, para que sean seguros. Ella bendice la cruz de la encrucijada rústica, á fin de que proteja las campiñas contra los fuegos del rayo, y los estragos del granizo y de las tormentas. La imájen de la Virgen, reina del cielo, que el peregrino saluda al pasar ante la gruesa encina del bosque, ha sido bendecida por el pastor de la comarca para que sea la protectora, para que vigile por las muchachas medrosas y que se han retardado en los senderos del bosque.

En fin, la religion, por las manos de los sacerdotes de las poblaciones y de los campos, autorizados por el obispo, reparte el agua santa que santifica, y consagra sobre el campo *nuestro dormitorio*. El cementerio es bendecido particularmente por el cura de la feligresía. Se vuelve sagrado para todos por las oraciones que allí son dichas, por las lágrimas que han corrido sobre sus tumbas, y por la cruz de piedra que ha sido plantada como la prenda de la resurreccion.

La tumba es la cuna de la inmortalidad; el cristianismo, pues, le debia su divina proteccion: así se la ha acordado desde sus primeros días. En las catacumbas, las tumbas de los mártires estaban de tal manera consideradas, que se hacian en ellas los altares para la celebracion de los santos misterios.

Es cosa averiguada y reconocida por todos los espíritus que meditan, que en medio de los muertos, en un cementerio, es donde nos convencemos mejor de la inmortalidad del alma. La corta duracion del que murió, el poco de polvo que resta de él, nos hace entrever la duracion del porvenir. Atrás, se han dejado algunos días, en lo de adelante, ¡la eternidad!

Si nosotros no muriésemos para revivir inmortales, ¿algunos restos de huesos merecerian nuestros homenajes? No, sin duda: “nosotros respetamos el polvo de los muertos, porque una voz nos grita que no se ha es-

tinguido todo en ellos, y esta voz es la que consagra el culto fúnebre en todos los pueblos del universo. Todos están igualmente persuadidos que el sueño no dura siempre en la tumba, y que la muerte no es mas que una transfiguracion gloriosa.”

Entre los hombres á quienes las luces del Evangelio no han esclarecido todavía, esta idea de la otra vida, aunque generalmente estudiada, es vaga é incierta: entre los cristianos es un dogma, un artículo de fé. En nuestro bautismo, nuestros padrinos han dicho por nosotros en el bautismo: “*Creo en la santa Iglesia católica, en la comunión de los santos, la remision de los pecados, la resurreccion de la carne y la vida eterna.*”

El sacerdote que unta el aceite de salud á nuestros miembros desfallecidos y helados, nos hace repetir la misma profesion de fé sobre el lecho de agonía.

Los mártires de los primitivos días del cristianismo, cuando los tigres, los leones y las panteras del circo y de las arenas se lanzaban sobre ellos para beber su sangre y deborar su carne, exclamaban mirando al cielo entreabierto: “*Creemos en Jesucristo nuestro Señor: creemos en la resurreccion de la carne y en la vida eterna.*”

En nuestro tiempo, nuestros paisanos bretones, anjovinos y vandeanos, estos *caballeros* de nuestra época, cuando se levantaban para ir á defender su Dios y sus sacerdotes, y vengar su rey, con sus rosarios al cuello y el *sagrado Corazon de Jesus* sobre el pecho, exclamaban tambien cuando caian sobre los ensangrentados surcos: *Creo en Jesucristo nuestro Señor, en la resurreccion de la carne y en la vida eterna.*

¡La vida eterna! En nuestra vida tan rápida, tan efímera, es el grande, es el solo importante suceso...! Y el sacramento del Orden ha dado á la tierra millones de ecos, para repetir á los hombres siempre y por siempre, á los grandes como á los pequeños, á los poderosos como á los débiles, á los malos como á los buenos: *¡La vida eterna; la vida eterna!*

Estos ecos son los sacerdotes de Jesucristo; en la aldea como en el palacio; en los campos como en los claustros, deben recordar la brevedad de la vida de este mundo y la eternidad de la vida del otro. Dios no los ha establecido en medio de nosotros, sino para nuestra salud y nuestra gloria. Antes de la venida del divino Salvador, antes del nacimiento del cristianismo la tierra no tenia todas las voces que al presente oímos para hacernos mirar á lo alto. Los dioses de entonces no eran mas que las pasiones y los vicios esculpidos, y los vicios y las pasiones encorvan el hombre hácia la tierra, y ligan su imaginacion á las cosas de acá abajo. ¡Oh! ¡Demos gracias al Señor de haber nacido bajo la ley de gracia y de misericordia! Sin duda los caminos que nos es preciso seguir, son toda

vía durós y ásperos, erizados de zarzas y de espinas.... pero para guiarnos, para sostenernos cuando estamos desfallecidos por la fatiga, para consolarnos cuando nuestro corazon está lleno de amargura y nuestros ojos de lágrimas, ha colocado el sacramento del Orden, por decirlo así, en todas las encrucijadas, los *ángeles consoladores*.

¡Jóvenes sacerdotes que acabais de ser consagrados, vosotros que tenéis entre tanto toda la plenitud de la gracia del sacerdocio, descendad del santuario, revestidos de la armadura celestial.... marchad.... id adelante.... el mundo es para vosotros....! Por vosotros, no por escuchar sus máximas, sino por predicar las de ese gran misionero de gracia y redencion, ha descendido de la gloria del cielo, ha exhalado el último suspiro en la agonía de la cruz.

Esta cruz, otro tiempo signo de odio, se ha vuelto vuestro glorioso estandarte. ¡Soldados de Jesucristo, seguidle.... que sea desplegado por todo el mundo! Id donde los hombres desfallecen sentados, adormecidos á la sombra de la muerte, y despertadlos.

Id, adonde la impiedad lanza el veneno de sus doctrinas; y esclarecedlos.

Id, donde la tibieza los narcotiza, y encendedlos.

Id, donde sufren, donde lloran, y consoladlos.

Id: vosotros debéis ser bendecidos en todas partes, porque diréis al pobre llevándole el pan de la vida material. Poned vuestra esperanza en Dios, que no abandona jamas al que invoca su santo nombre. Ved: ¿no es su divina mano la que socorre los mas pequeños pajarillos, y que mide el soplo del invierno segun el vellon del cordero?

Al rico le diréis: Vos sois el *limosnero* del Padre comun de los hombres; no cerréis, pues, ni vuestro corazon ni vuestra mano, á aquellos de vuestros hermanos que comen el pan regado con sus lágrimas. *El hombre caritativo (1) hace el bien á su alma; no digais á vuestro amigo (2): Id y volved, yo os daré mañana, si podéis hacerlo ahora mismo.* Vuestras riquezas no os servirán de nada (3), el dia de la venganza de Dios; mas la justicia libra de la muerte.

Al súbdito le diréis: Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios. Desconfiad de aquellos que gritan sin cesar; *libertad!; libertad!* Ellos lanzan el viento, y tú eres quien recoge las tempestades y la ruina.

Al monarca: El Señor os ha establecido rey, para que seais el padre

(1) Lib. de los Proverb.

(2) Id.

(3) Id.

de vuestro pueblo. Cuando sus llantos lleguen hasta vos, haced callar á vuestros aduladores, y prestad el oido á los gemidos de la miseria. Desde lo alto del cielo, Dios se inclina hácia nuestro valle de lágrimas para saber cuáles son aquellos que claman por él, para ayudarlos y socorrerlos. Haced como el Señor; haced por guardar en vuestro reinado la justicia y la misericordia; ellas os defenderán mejor que los grandes batallones.

Ciertamente: tales mensajeros no deben ser recibidos sino con bendiciones, porque donde quiera que se presenten llegan como ángeles de paz, hablando en nombre del Señor, y trabajando por la dicha de los hombres; y sin embargo, Satanás ha sabido hacer en el mundo tantos sectarios con la ayuda de los escritos filosóficos y volterianos, que el sacerdote se ha vuelto para muchas gentes un objeto de desconfianza y de antipatía. Frecuentemente en los barrios de las grandes ciudades y en los campos donde las poblaciones dejan crecer las ortigas y las espinas sobre el camino que conduce á la Iglesia, el ministro de Jesucristo que llega allí, con su traje negro y su breviario bajo del brazo, en lugar de ser saludado con aprecio y respeto, es despreciado é insultado por gritos risibles, imitando el graznido de los cuervos.... Este es el menos ultraje.... Pero el discípulo de Jesucristo, que ha enseñado por su ejemplo el perdón de las injurias, no se aflige ni se irrita, y perdona de boca y de corazon á los hombres extraviados.... Y á los cristianos que se afligen de verlo así menospreciado, se contenta con responderles como su Maestro cuando llevaba su cruz sobre el Calvario. Hijas de Jerusalem, no lloreis sobre mí, llorad sobre el pueblo que no encuentra mas que insultos que lanzar sobre el sacerdote, que viene con las manos llenas de las bendiciones del Señor.... Y; cosa lamentable de decir! no será solamente en las bajas regiones donde se insulte vuestra llegada, sacerdotes de Jesucristo; otros hombres que se llaman *cristianos*, os han tomado tambien desden y desconfianza. Impregnados de los principios filosóficos del siglo XVIII, tienen miedo de vuestra fé, de vuestra piedad y vuestro celo, que condenan su escepticismo, su indiferencia y su conducta impía. Sus puertas os están cerradas: porque si pasais su umbral, veréis en seguida qué miserable existencia arrastran estas casas donde no reina Dios; donde los padres y madres no dan á sus hijos mas que sus cuidados materiales; donde los hijos no acuerdan á sus padres deferencia ni respeto alguno; donde los señores se creen justos, cuando pagan exactamente los salarios de sus domésticos y el alimento diario, sin pensar jamas, que el hombre no vive solamente de pan, y que es preciso conceder á aquellos que nos sirven el tiempo de servir á Dios.